Los Contemporáneos

LA HUELLA

NOVELA

POR

ADELA CARBONE

5 Cénts.

Los Contemporáneos

Año X. Núm. 490
23 Mayo 1918

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

Para Conchita: recuerdo mío = ~~[illegible]~~

LA HUELLA

Jesús Izquierdo. D. Farbaux - D. Farbaux -

CAPITULO PRIMERO

Augusto Juliá

Terminaba la cena tristemente. Los criados indios se retiraban, lentos y perezosos, del amplio comedor. Ivan, el viejo mayordomo, entornaba los ventanales. El véspero se acentuaba con sus cárdenos resplandores.

Un ave nocturna golpeó, con su ala negra, en los cristales. Clara se estremeció supersticiosa, siguiendo el vuelo del pájaro augural con la intensa mirada de sus ojos febriles.

Hubo un largo silencio. El caballero Sergio Kermanoff tomaba a sorbos lentos su té ruso, en taza de Sajonia.

Un reloj dió la hora rumorosamente; Clara echó hacia atrás la hermosa cabeza y contó las campanadas en voz alta; luego sonriendo levemente, como deseosa de desechar malos pensamientos...

—Sergio: la niña duerme desde hace un gran rato. Ya hay esperanzas. El doctor Adamson aseguró que si lograba descansar, tan sólo un cuarto de hora, venceríamos el mal. ¡Nuestra hija se salva! ¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad!

Y en el aire tibio vibró la melodía de su voz dramática.

Sergio Kermanoff miró tiernamente a su esposa: la tomó de la mano, como a una colegiala; la sentó en sus rodillas. Los dos rostros se reflejaron un instante en la gran luna del espejo; el del esposo, cetrino, canoso, taciturno; el de la mujer, sonrosado como un fruto maduro, rubio el cabello, pequeña y roja la boca juvenil.

—Sí, Clara mía, ese sueño es un buen augurio. Pero ya que Dios vela por nuestra pequeña Olga, es preciso que yo me cuide de ti. Descansa, duer-

me; estás rendida. La niña se halla sobradamente vigilada por su nodriza; nada pasa desapercibido a esa buena Nahissa. Acuéstate, yo estaré en mi despacho hasta la madrugada, revisando los libros.

—Te obedezco. Buenas noches, Sergio. Voy a ver a mi hija y a disponer lo necesario para la noche. Cuando te retires a tus habitaciones, llámame. Quiero velar el sueño a nuestra enferma.

Se puso en pie; tomó del sofá su larga echarpe de tul; detúvose un ins-



tante contemplando, a través del anchuroso ventanal, el maravilloso jardín que se escondía en la floresta india. Caían gruesos goterones de lluvia estival. Clara respiró plenamente en la serena calma del ocaso... y luego desapareció, dejando una fragancia penetrante a jazmín de Florencia. El anciano Kermanoff contempló aún durante largo rato el ventanal donde Clara apoyara, durante unos instantes, su frente tersa y blanca. Había en su mirada esa intensa gravedad de los hombres que aman por última vez, después de haber amado equivocadamente muchas veces durante toda la vida. De pronto el pensamiento de admiración que se había detenido, corrió tras la bella fascinadora, aquietándose, poco a poco, en el fervor apasionado, para ser más tierno y temblar con ella por la hija enferma. Pensó en aquella criatura, cuya existencia regalada carecía sólo del vigor físico, y comparó su niñez lejana, su mísera y triste niñez, donde su único bien fué la salud. Una ola amarga de rencor le inundó el corazón. Sería mejor olvidar —se dijo—; pero obstinadamente sus recuerdos buscaron el árido sendero de su pasada vida desolada. ¡ Cuántas veces durante sus días infantiles deseó morir! en esos únicos días en que la muerte no es un enemigo visible para las conciencias cándidas. La sombra de su madre le estremeció, haciendo más penoso el recuerdo. Sergine Kermanoff parecía mirarle, a través de los años, a través de las lágrimas, con sus ojos fulgurantes bajo el casco negro de su rebelde cabellera corta. Parecíale todavía sumirse en los largos silencios de las noches abrumadoras de las estepas siberianas, cuando el sólo rumor era la voz del centinela, constante como una pesadilla, y el arrastrarse de las troicas sobre la nieve, conduciendo nuevos deportados pálidos y ceñudos, con aquel rictus desesperado de mártires en los labios y aquel mirar de incendio, encubierto por el lento parpadeo que parecía un tácito convenio, formulado en el misterio, por los fieles hijos de la revolución, al hallarse de nuevo en el desierto como en la ciudad, en las tibias viviendas de estudiantes revolucionarios.

Una sensación, casi real, asaltó la mente de Sergio Kermanoff; le parecía aún sentir aquel cansancio de sus piernecillas de infante, cuando, arrastrado por su madre, subía sin detenerse las empinadas escaleras de aquellas casas, en los antiguos barrios de Petrogrado. Allí solían hacerle

Silvia Yolanda.

compañía algunos pequeñuelos, hijos como él, de jóvenes nihilistas. Allí había visto compactos grupos de gentes extravagantes y apasionadas que proclamaban ardorosamente derechos y deberes que entre las confusas incosciencias de sus sueños de cinco años, comenzó a admitir como doctrinas irrecusables.

Minuciosamente comenzó a recordar, recreándose en el propio dolor, los detalles de aquella tarde primaveral, cuando al cruzar la plaza Taurida, un caballero de barba gris, habíase acercado a su madre llamándola por su nombre. Ella aligeró el paso, pero el hombre de barba gris, deteniéndose bruscamente ante Sergine Kermanoff púsole una mano sobre el hombro y pronunció algunas palabras que él no pudo comprender. Su madre palideció intensamente, permaneció largo rato callada y sus dedos, otras veces tan suaves, al estrechar su brazo infantil se crisparon hasta hincarle las uñas en la carne, y en el contacto de su piel cada vez se hacía más frío, menos humano. Anduvieron unos instantes en silencio; luego, el caballero de la barba gris, llamando a un gardaveis, dióle algunas instrucciones mostrándole una cartera, en donde había papeles sellados y algunos retratos.

Más tarde, ante unos señores muy ceremoniosos, en un salón tapizado de rojo, en donde penetró tímidamen te, cogido a las faldas de la madre, oyó la voz monótona de un anciano que interrogaba siempre. Entre la confusión de muchas palabras sin sentido para su ingenuidad, creyó oir una aterradora—*¡Siberia! ¡Siberia!*— que le hizo extremecerse. Cuando su madre la pronunciaba, en la violencia de alguna discusión, se convulsionaba, y en aquellas reuniones de jóvenes estudiantes, muchas veces se repitió en voz baja, seguida de un silencio penoso. ¡Siberia!

Descubierta la infeliz mujer como cómplice de los nihilistas, vivió, con su hijo, el drama horrendo de los deportados. Aquellos días, después de tantos años, eran evocados confusamente por Kermanoff, sólo estas sensaciones llegaban redivivas a su imaginación: calor de asfixia en el verano; trabajo y hambre en los largos días del invierno y un sueño febril, como de eternos perseguidos, en la helada noche de la estepa. A los once años, después de haber pasado todas las humillaciones y haber sentido sobre su inocencia el peso de todos los rencores, huérfano y pobre, partió hacia la capital de Francia, dando compañía a un anciano filósofo, historiador y sociólogo, que quiso admitirle, cuando le fué otorgada la libertad, como servidor, con honores de discípulo.

Llegados que fueron, tras mil incidentes y dificultades, el joven Kermanoff se esfuerza en demostrar su gratitud al viejo pensador, pero el hombre de doctrinas no es capaz de poner en práctica sus ideas igualitarias y se muestra cruel e inflexible con el niño. En el estudio alto y sombrío de la rue Faubourg Poissonniere, rara vez se escucha una voz, y jamás se ha oído una risa espontánea y despreocupada. El profesor halla, al levantarse, su ropa prolijamente cepillada, sus libros predilectos y el frugal d e s a y u n o pronto. La sala está barrida, la chimenea tiene lumbre. Cuando se reunen los discípulos en rededor de la gran mesa de pino, Sergio, en pie, a respetuosa distancia, oye las sabias explicaciones sin atreverse a contestar a las preguntas.

En la mano un lápiz y un pequeño cuaderno de notas, para no olvidar detalle y no molestar con sus dudas al filósofo. A algunas de estas doctas reuniones asiste Alejandro Herze. Se le venera como a un dios. Su palabra

persuasiva y apasionada es oída con fervor por los allí reunidos. Un día habla de un joven compatriota que ha llegado a París. A las pocas semanas es presentado en el estudio. Se llama Krotpokin. Su excesiva juventud interesa, pero su mirada demasiado sagaz y su verbo cortante no mueve a la confianza.

Pasan los días, los días y los meses. Cumple Sergio diez y ocho años, y desechando las graves melancolías de su soledad, va trocando su tristeza en resolución y en valor, en algo más activo y más duradero que el sollozar entre las frías sábanas del camastro.

Estudia y medita; conoce históricamente todas las bellezas arquitectónicas de París, sus grandes museos, sus laboratorios. Habla correctamente tres idiomas y tiene conocimientos muy estimables en el oficio de metalúrgico. Entonces se hace novio de una linda muchachita parisién, hija de una nihilista rusa, que fué amiga de su madre. Pero un día la muchacha parte a Londres, sin prevenirle, en compañía de otras jóvenes, ávidas de horizontes nuevos. El comprende que se puede vivir sin aquel diablejo perturbador y no la persigue. Se entrega más asiduamente al trabajo y persiste en prestar obediencia a su tiránico protector, que comienza a quedarse ciego. Una tarde le acompaña a una visita. Van a ver a Víctor Hugo.

El joven, al hallarse en presencia del gran hombre, no experimenta emoción alguna; entonces sospecha que su corazón se ha secado en flor. Reflexiona, y no puede acusarse, acusa al Destino sin demasiada amargura, con un frío reproche, en donde van sus resignaciones habituales. Pero al despedirse el filósofo ruso del genial latino, vé que una mano del poeta se tiende hacia él, entonces corre, se arrodilla, la besa y en su razón juvenil se despierta no sabe qué vehemencia y qué insospechable ardimiento que le hace soñar con una vida nueva, más risueña, menos tenebrosa. Le parece que oye una música, una música demasiado romántica para su pobre corazón árido, que le avergüenza un poco.

Muerto el egoísta protector, vése libre y recorre toda Europa, emprendiendo negocios con modesta fortuna. Viaja por Oriente, representando una importante casa industrial y, mientras olvida en trasatlánticos y en hoteles sus viejos libros de filosofía y problema social, sus audacias industriales llévanle a la gran meta del dinero.

Deseoso de conocer los encantos del hogar y la familia, contrae matrimonio en Hamburgo y algún tiempo después muere su esposa en el incendio del "Neptuno" a la vista del puerto de Ceilán, quedando nuevamente solo, sin afectos íntimos.

Pero su carácter es valeroso y emprendedor, no desmaya. Nuevos y más importantes problemas le preocupan, y en la India instala sus oficinas bancarias.

Allí, en casa de su opulento compatriota Pedro Perovski había conocido a Clara Wallcome. Era hija única de una rica familia con residencia en Filadelfia, que viajaba por turismo. Mimada y caprichosa, Clara quiere vencer la taciturna frialdad de Sergio Kermanoff, único hombre que en aquella región parece no haber advertido la fascinadora gracia de sus veinte años. Pero Sergio, que se ha enamorado falsamente más de una vez, se espanta ante el dominio de la terrible tentadora, se espanta porque es prodigiosamente bella, peligrosamente soñadora, porque tiene muy pocos años y no ha llorado nunca. Pero la inquieta Clara forja, como casi todas las mujeres, una novela sobre verdades irrefutables, y cree ver en

el laborioso y audaz Kermanoff un príncipe ruso que viaja de incógnito. Se establece una lucha en la que vence ella y sale ganancioso él, porque la adora, y ella ¡por fin! ha dominado al que quiso oponerse a su capricho.

Mientras los padres de Clara regresaban a Filadelfia el nuevo matrimonio se instala fastuosamente en un palacio hecho a la moda europea, con los refinamientos y las elegancias más sutiles. A los pocos años la tierna mujer le hace padre de una niña, una débil y enfermiza criatura, delicada como una princesita de un cuento.

Sergio Kermanoff, que ha visto desfilar ante sí, todos los días de su existencia, desea ardientemente no leer otro capítulo más de su historia, quisiera vivir siempre así, entre la mirada radiante y prometedora de Clara y la dulce y cándida sonrisa de la pequeña Olga.

Las horas han transcurrido sin que él lo haya advertido. Ya es de noche. Va a retirarse a sus habitaciones cuando... Un grito, un grito terrible, un grito de espanto y de agonía, vibró insistente en la casa iluminada y espaciosa.

—¡Olga! ¡Olga, hija mía! ¡hija mía!

Sergio Kermanoff incorporóse violentamente, corrió hacia la alcoba de la niña. Los criados aparecieron en las puertas, mudos de espanto. El trepidar del automóvil se escuchó a poco en el parque; la nodriza gemía angustiosamente, mientras el fiel Ivan partía a la ciudad en busca del sabio doctor Adamson.

....

Pasaron tres horas, tres largas horas de zozobra y abatimiento. Ya a la madrugada un criado anunció la aparición del auto en los límites de la finca. Nahissa corrió hacia la escalinata, volviendo a los pocos momentos angustiada para echarse junto a su señora.

—¿Qué hay, Nahissa, que hay?—interrogó Clara Wallcome, temerosa de una nueva desventura.

—¡Oh, mi señora! No viene el doctor Adamson; viene un joven, su ayudante, que de fijo no conoce la enfermedad de nuestra Olga.

Entró Carlos Harwich, precedido por el viejo mayordomo. Saludó levemente, fuese, sin aguardar explicación alguna, al lecho de la doliente.

Durante media hora sólo se oía la voz imperiosa del médico que siempre ordenaba algo, y los sollozos de la nodriza india, que no ocultaba su desconfianza y su dolor.

Ya, muy tarde, Carlos Harwich volvióse hacia el padre y dijo con sencillez:

—"La niña está fuera de peligro".

Sergio y Clara, con un mismo impulso de gratitud, tendieron la mano al discípulo del doctor Adamson. Era un hombre de treinta años, con los ojos claros y los cabellos oscuros, alto, elegante, con una expresión alegre, llena de simpatía.

Durante una semana hubo de permanecer en la finca de los Kermanoff, vigilando la delicada salud de la mimada Olga. El corazón de la pequeña sufría siempre. Los ataques se repetían; pero el doctor habíase hecho su mejor amigo, jugaba con ella, la obligaba dulcemente, con sus bondadosas bromas y con sus tiernas reprensiones, a que siguiera el régimen severo por él prescripto.

El día de la partida del médico y amigo, la niña lloró tanto que hubo que desistir del propósito. Entonces Sergio Kermanoff decidió que se habilitara un pabellón de caza situado a la entrada de la finca y que Carlos quedase ya, en definitivo, como médico de la familia.

Olga mostrábase feliz por haber

conseguido, con sus lloriqueos mimosos, aquel triunfo. Cogida de la mano del doctor Harwich recorrió todos los departamentos de la gran posesión, como una poderosa castellana que



quiere dar a conocer sus vastos dominios al príncipe viajero.

—Vamos a visitar el palomar. ¿Ves aquella casita roja, con tanto ventanuco? Pues allí están mis palomas. Son todas blancas; allí viven en sus niditos con los polluelos. Es preciso que te conozcan, porque cualquier día enferma una paloma pequeñita, como me enfermé yo, y tú tendrás que ir a curarla.

Carlos reía.

—¿Cómo? ¿Serías capaz de dejarla morir porque sea una paloma, en vez de ser una niña como yo, que tiene su papá, su mamá y un oso de paño amarillo? ¿Será posible que seas tan malo?

—No, no: yo te prometo que en cuanto tus palomas me avisen que hay una enferma, ¿qué digo una?

Raquel.

¡aunque surgiera una epidemia en el reino de las palomas! te prometo cuidarlas con todo esmero.

—Y ¿cómo van a avisarte si no tienen teléfono?

—Pero tienen alas y el mensajero no tardaría mucho en llegar.

—Además, podemos hacer una cosa: cuando yo venga por las mañanas a darlas de comer, tú me acompañas y te enteras cómo están de salud.

—Eso sería lo más práctico, pero es que yo quisiera que tu no volvieras por aquí.

—¿No volver a ver a mis palomas? Y ¿por qué? — dijo Olga casi llorando.

—Porque el alcor está casi junto al lago y las emanaciones te perjudican.

—¡Esto es horrible! ¿cómo voy a dejar de visitarlas? ¿No ves cómo me quieren, cómo me rodean y cómo me siguen por donde voy?...

—Pues así te ocurrirá siempre, pequeña; los que te quieran te seguirán por donde vayas.

Permanecieron los dos callados. Carlos tomó la mano de la niña y se alejó hacia el parque. Las palomas blancas les seguían, formando un largo séquito arrullador. De pronto, "Black", el enorme perrazo guardián comenzó a ladrar y las cándidas palomas, atemorizadas, alzaron el vuelo. Olga elevó los claros ojos siempre tristes y en sus pupilas se reflejaron las trémulas alas, como si se transparentaran sus pensamientos y todos ellos fuesen alados y todos volaran hacia el misterio del cielo lejano y azul.

CAPITULO II

Los terribles calores del verano habían pasado. Llegaban suaves los días otoñales. Las más fragantes flores ornaban el parque. Bajo el palio de pámpanos semidorados, los racimos de uvas se apretaban con sus tonalidades diversas, toda la gama de las amatistas, toda la rubia gama del topacio. El aire lento arrastraba las hojas en remolinos rumorosos, diríase que eran olas cobrizas que se encrespaban entre los senderos. Algún pavón graznaba amoroso, desde la blanca balaustrada, junto a un alto vaso de mármol, donde el artista latino labrara los amores de Pan y de las ninfas.

Algún otro pavón, arrastrando su manto de fúlgido plumaje, picoteaba el cáliz de las rosas y había en el jardín fragante tal seducción de paganía que el más leve rumor parecía una palabra de promesa, un estallar de besos, una risa insinuante y contenida.

Se perseguían las libélulas, como flechas de cristal, se perseguían entre la copa de los altos castaños pomposos de anchas y rumorosas hojas que se agitaban en la tarde como manos de locos fantasmas de pesadilla en un constante adiós desesperado.

Sergio Kermanoff, sentado en un

banco rústico, contemplaba el disco del sol poniente que esparcía sus rayos rojos sobre la lenta caravana de las nubes que huían, perdiéndose en el horizonte azul, violeta y grana. Si cruzaba algún ave errante, era una barquilla perdida sobre el mar de oriflama. Las blancas casitas lejanas alzaban hacia el infinito la espiral pálida del humo de los hogares, como suspiros de un corazón bueno y acogedor.

Por entre el espeso y floreciente manto de glisinas, vió Kermanoff acercarse a su puerta a Amansis, el armenio. Era un mozo alto y lánguido, la piel como una tierra cocida, los ojos graves y soñolientos, la boca morena y sensual: vestía de un modo extravagante y tenía un paso lento como de cansancio prematuro, un paso como de quien va a caerse rendido al margen del camino.

Descendió el banquero de su florida atalaya, atravesó el puente rústico, que crujió a su paso y entrando en los enarenados senderos del parque llegó hasta la verja. El armenio habíase detenido allí, sin llamar, aguardando la llegada del propietario de la finca. Cuando hubo entrado saludó humildemente; luego, inclinándose y con el mayor misterio, dijo:

—Es preciso que te hable a solas, mi señor.

—Dí lo que deseas, Amansis—formuló el anciano, sorprendido.

—Aquí, no: ve mañana a mi tienda. Allí hablaremos más libremente.

—Dí pronto cuanto de mí deseas; no esperes que yo vaya por tu covacha de mercader.

El muchacho palideció, palpitaron las aletas de su nariz, miró torvamente al banquero. Tras una pausa, dominando su indignación, nuevamente humilde ante el desdén de Kermanoff...

—Mi señor—le dijo.—Tengo las dos perlas más bellas que jamás vieron ojos mortales. Mi madre las trajo de Ormuz, aún no hace dos días. Para tí son si las quieres. Si vienes a mi casa has de verlas. Tienen un oriente incomparable. Honra con tu presencia mi humilde vivienda de mercader y comprenderás que es cierto cuanto te digo. Pero... ve pronto. Hay una hermosa señora que las desea. Se quedará con ellas si tú las rechazas. El día que pises mi casa hallarás allí también a la dama de quien te hablo. Va diariamente, porque ansía poseer las maravillosas perlas, y no vacilará en el medio, con tal de conseguir adornarse con ellas. Ya me has oído; si quieres admirar a la extranjera que vale tanto como las perlas, visita mi humildísima covacha. Ella también ansía conocerte. Se llama Yamura; ha danzado desnuda ante las sagradas puertas del antiguo templo de Isis, en presencia de una corte de pintores, que copiaban las diversas y bellas actitudes de su cuerpo.

—Calla, perro armenio, calla,—ordenó enérgico Kermanoff, que habíase tornado taciturno al descubrir la emboscada que se le preparaba.—Calla, que crees satisfacer mi vanidad y lo que haces es ensombrecer con tu presencia la luminosa alegría de esta casa honorable, que debía ser sagrada para tí.

El mercader se alzó de hombros con un gesto de frívola indiferencia.

Sonrió ante la turbulenta indignación del caballero Sergio Kermanoff.

Arrancó una roja peonía y agitándola en la mano, de sonrosadas uñas, alejóse sonriente, dejando entrever, a través de sus labios morenos, el blanco deslumbrador de sus dientes. Al llegar a la verja lanzó un agudo grito con estridencias femeninas, colocó sobre su oreja izquierda entre los negros rizos la flor encendida y fresca, anudóse firmemente la faja de seda y se perdió en la gran alameda sombría.

Carmen Raquel

haciendo cada vez más exagerado su paso lento, aquel paso cadencioso y lánguido como de quien va a caerse rendido al margen del camino.

El banquero irrumpió furioso en insultos, que no fueron oídos por el que se alejaba. Luego, tranquilizándose poco a poco, llegó casi a sonreirse con un desdén altivo del fracasado intento del extravagante y ambiguo mercader. Paseóse aún durante largo rato por entre los altos macizos del parterre. Los alegres ladridos del fiel "Black" distrajéronle de sus pensamientos. Acercóse el noble perrazo a lamer la mano del amo que se tendía acariciadora. El ancho collar de metal rebrillaba bajo los primeros rayos de la luna amarilla y serena, sobre un cielo aún de oro. "Black" saltaba alegre; de cuando en cuando olfateaba y emprendía una nueva ruta. El amo le seguía dejándose llevar, de pronto detúvose sorprendido: había oído tras el seto, la voz de su mujer. Hablaba exaltadísima.

—No;—decía—ha de ser llevándome a la niña. Yo no podría vivir sin mi hija. ¡Mi Olga, mi Olga querida! ¡Yo no podría vivir sin ella, ni ella sin mí... y sin tí que la has salvado la vida.

—No, Clara, no; compréndelo. Es el único consuelo que a *él* le queda después de tu partida. La niña será su refugio, su último cariño.

Ella lloraba, quería partir, abandonar al esposo, el hogar, la vida regalada y fastuosa, pero quería llevarse a la hija con ella, a través del mundo.

Carlos Harwick insistía, avergonzado:

—Es una ingratitud, Clara. Es una ingratitud robarle también su hija.

....

Iván penetró grave y ceremonioso en la *serré* en donde Clara Wallcome repasaba algunos papeles de música. Eran antiguas canciones indias, romances dolorosos llenos de filosofías, en lánguidos y breves renglones.

Iván tosió levemente para hacer notar su presencia. Clara se volvió, dejando de hojear sus papeles de música.

—Señora — dijo el viejo servidor con la voz temblorosa.—El automóvil está en la puerta. En él se ha colocado todo el equipaje de la señora—hizo una pausa, y luego...—He aquí la maleta con las alhajas.

Clara miró al anciano, a través del parpadeo nervioso que velaba sus ojos radiantes; arqueó las cejas...

—¿Qué significan esas palabras? ¿Qué quiere decir todo esto, Iván?

—Vamos, señora, vamos. El automóvil espera.

Y a nueva, insistente pregunta de ella, el fiel mayordomo de los Kermanoff enteró a la señora que su amo había resuelto arrojarla de la casa, como había decidido, aquella misma tarde, que partiera para siempre, el doctor Harwich.

No hubo apelación: fué preciso aceptar el fallo. Procuró Clara mostrarse digna y altanera. Procuró hacer valer sus derechos de esposa, pero Sergio Kermanoff, inflexible para la culpable, no se avino a razones. Durante muchas horas, como loca, llamó Clara a su hija, buscándola por toda la casa estérilmente. A la puerta cerrada de las habitaciones de su esposo suplicó transida de dolor, pero nadie respondió a sus palabras humildes. Al fin, venció el orgullo, el prestigio de mujer admirada, siempre triunfante, y partió.

Partió lejos con sus ilusiones de amante, dejando sus esperanzas de madre tras aquellas paredes blancas, ornadas por mantos de verdes hiedras y consteladas de temblorosas campanillas azules.

....

....

CAPITULO III

—Olga está muy triste,—afirmaba el padre moviendo la cabeza con desaliento.—Está muy triste y ya no sé a qué medio recurrir para traer a su existencia la alegría que llena el corazón de otras muchachas de su misma edad. Nuestra casa tiene cuantas comodidades pueda desearse, en ella se reunen casi a diario las mejores familias del contorno, se hacen excursiones, se organizan fiestas, se baila hasta el amanecer.

Ella no carece de nada, recibe cuantos libros y revistas extranjeras le interesan, lee mucho...

—Ahí está el mal, mi querido Sergio—atajó Pedro Perovski, con su cálida voz de evangelista.—Creo que haces mal en dejar que tu hija, muy joven aún, se exalte con lecturas diversas y no siempre bien orientadas. Olga no tiene más que diez y seis años, es delicada y enfermiza; guarda en su corazón dos gérmenes fatales, la enfermedad que durante su infancia la puso en muchas ocasiones al borde de la tumba y... aquel recuerdo doloroso: la separación de su madre. Tu hija no olvida, aunque sólo contaba seis años; tu hija no olvida y si calla es por obediencia y por respeto a tus canas.

—Es cierto, es cierto. Olga no olvida a su madre, a pesar de los años transcurridos. Vivía muy unida a ella. Clara Wallcome era muy joven, jugaba con su hija como con un muñeco precioso; reía con ella; cantaba para ella locas canciones acompañándose de su cítara. Era alegre, ¡parecía feliz! Llenaba la casa con su voz de alondra, con sus perfumes exóticos; siempre había flores; siempre había música... Partió y me quedé solo, con mi hija moribunda a consecuencia de aquella separación.

Pasé días muy amargos. Cada vez que llegaba una carta de la que fué mi mujer, parecía que la vida iba a volver, pero en todas ellas me recordaba su falta, rogaba, se declaraba culpable, pedía volver para ver a su hija, ¡A su hija! ¡sólo a su hija! ¡siempre a su hija! y para mí ni una dulce palabra, ni un recuerdo, ni una evocación para aquellos días venturosos que ya no eran nada en su corazón. ¡Su hija! ¡Sólo su hija! no por respeto al hogar, sino porque su hija constituía una satisfacción egoísta, porque con su hija aumentaba su felicidad.

¡Ah, pero no será! No ha de volverla a ver. Nosotros somos de otra raza y de otro temple. No será.

Pedro Perovski le estrechó la mano:

Elisa.

—Tienes razón. No hay que ceder. Hay que ser inexorable con la mujer culpable.

—He sufrido mucho—continuó confidencial el anciano.—He sufrido más de lo que yo creí que se podía sufrir. Cuando en las fiestas de Noël venía algún servidor indio trayendo un gran cesto con juguetes, Olga, anegada en llanto, me suplicaba: "Papá, papá, deja que los acaricie siquiera. Mira esa linda muñeca de ojos azules ¿la ves? se parece a... a la señora que me envía esos regalos" y yo, tristemente, alejaba a mi hija con gran esfuerzo y procuraba calmarla, asistiéndola en las graves crisis que sobrevenían a estas escenas.

¡Cuántas noches desde la ventana de mi dormitorio he visto vagar una sombra por el parque, y he oído una voz... ¡su voz! que llamaba inutilmente a mi Olga! Pero todo pasó. Ya parece haber renunciado a su empeño. Además, mi hija es ya una mujer razonable y ella sabría defenderse y rechazar toda aproximación a una criatura insensata y descarriada como Clara Wallcome.

Los dos amigos guardaron silencio. Había comenzado a anochecer y las luciérnagas plateadas constelaban el vasto jardín de menudas estrellas palpitantes. Dormían las flores entre las hojas, como amantes rendidos tras la primera cita; comentaban las fuentes extravaganes historietas; uníanse los insectos en sus bodas aéreas.

Pasó corriendo un grupo de alegres muchachas y de bellos efebos reidores. Se perseguían sacudiendo ramas de retama fragante. Luego juntáronse todas las manos y formóse un círculo cantarín. En el centro, Olga, con los ojos vendados, extendía los blancos y delicados brazos. Su vestido de tul ceñíase al cuerpo casi núbil, dándole un tierno aspecto de amorcillo.

El padre la contemplaba conmovido. De pronto vaciló, se llevó las manos al corazón y cayó al suelo, sin un espasmo, sin un grito, como una pobre cosa que se funde con la tierra, como una rosa marchita que silenciosamente deja de ser.

Los dos ancianos se miraron con una rápida mirada comprensiva. Moviendo la cabeza tristemente, descendieron la escalinata de mármol de la blanca terraza. Entre tanto las afligidas amigas recogían a Olga, sosteniendo el desmayado cuerpo con las delicadas manos, como si la dilecta doliente se hubiera desmayado sobre una almohada de azucenas. Pedro Perovski la alzó en sus brazos conduciéndola a la casa. Detrás iba el padre, con la vista fija en el suelo y la frente sombría. Las lindas compañeras seguíanlos por los senderos, como en otros días, el séquito de arrulladoras palomas.

En la tarde tibia, en medio del jardín donde todo parecía convidar a la vida, la muerte se agazapaba entre mirtos y no abandonaba su presa.

Pasaron algunas horas de inquietud. Sobre el lecho todo de oros, en la blanda suavidad de las sedas, Olga abrió los ojos mirando a cuanto le rodeaba sin sobresalto ni sorpresa, tristemente, sin sonrisas ni comentarios. Había un grave silencio que nadie se atrevía a romper, temiendo no hallar la palabra que había de decirse.

Fué Nahissa, la nodriza antigua, la que se aventuró a formular este ruego.

—La niña está fatigada. ¡Ha sufrido tanto!... Necesita reposo y aire libre. Sería más conveniente despejar la habitación y procurar que concilie un sueño tranquilo.

Las amigas se alejaron de puntillas, sin el más leve cuchicheo, seriamente, con una enternecedora formalidad infantil. Parecían blancas novicias que marchaban a cumplir un rito.

Cuando se hallaron fuera de la habitación todas suspiraron: "¡Pobre Olga! ¡Pobre Olga!"

—Yo—dijo Ethel Weert, enjugándose los azules ojos—prometo entregar todas mis economías al pastor Kendfrick, para que las reparta como limosnas, si nuestra querida Olga se salva.

—Yo—dijo Liliana Meler, como en un voto solemne—prometo ornar las tumbas abandonadas con todas las flores de mi jardín, durante esta primavera.

—Yo—dijo Alicia Risler—prometo no asistir a ninguna fiesta, hasta



que la pequeña Olga nos pueda acompañar.

—Y yo—dijo con entonada voz Cecilia Wagner—juro reñir para siempre con mi novio y no volver a hablar en mi vida con él ni con su padre.

—¡Oh! ¡Eso es una locura!—interrumpió Liliana.—¿Por qué te impones un sacrificio tan triste?

—Te diré. El sacrificio es tremendo, pero... seguramente que a mamá le molestará más que a mí, porque... te lo confieso: mi boda era un convenio de familia, y yo detesto a Jorge y a su padre.

....

Mientras tanto Nahissa suplicaba que se permitiera pasar a Olga una temporada con ella en plena selva. Sergio Kermanoff protestó en un principio, mas luego, arrojando de su corazón ese primer impulso egoísta que le había hecho rechazar la idea de separarse de la adorada pequeña, reflexionó, prometiendo consultar con los médicos, si sería conveniente un cambio de vida tan radical en aquella criatura delicada y sensible.

Transcurrió una semana. Olga volvió a hacer su vida habitual. Pasado el momento doloroso el pobre corazón volvió a emprender su marcha regular, como un rendido caminante que se vé obligado a continuar su interrumpido viaje.

Nuevamente volvieron a escucharse en el parque las risas juveniles; nuevamente, por la noche, se iluminó el lago, y en sus aguas inmóviles se reflejaron, como grandes flores de luz, los polícromos farolillos que, en simétricas guirnaldas luminosas, abrazaban el dormido lago, igual que en las fiestas latinas de otros siglos más galantes.

Se oía tocar las arpas de una sola cuerda, a la orquesta de indios, lánguidos como bayaderas, con los ojos pintados de antimonio.

Pero no prestaba contento la música, ni causaban alegría los gayos colores de los fantásticos farolillos, ni las risas juveniles eran espontáneas. Siempre había un halo de melancolía en todo, siempre un algo grave y amenazador perseguía a aquella criatura tan amada y tan custodiada.

Nahissa no cejaba en su empeño; suplicó una y mil veces más a su señor para que dejara trasladarse a Olga a la selva, lejos del bullicio y de las emociones.

Josefina.

—Esa mujer acaso tenga razón—había aconsejado Pedro Perovski.—La vida en pleno bosque, bajo el cuidado materno de la fiel servidora, acaso salve a la criatura sin fuerzas, torturada por los recuerdos dolorosos.

Nahissa tenía tres hijos, los dos mayores, Irmo y Hamun, cazadores de fieras. El más pequeño, el hermano Orman, que era guía, adoraba a Olga y mirábala desde sus primeros días, como a un ser divino a quien hay que defender y por quien debía sacrificar su vida.

Trasladáronse a la selva Nahissa y Olga. Hasta el límite del bosque, Sergio Kermanoff condujo a su hija en el auto; fué con ellos Pedro Perovski, el dilecto confidente, que prometió a la enferma no separarse del padre durante su ausencia.

El resto del trayecto, hasta la casa de maderas y juncos oculta entre frondas centenarias, fueron las mujeres sobre el paciente Yanaon, el lento elefante que llevaba las cargas durante días enteros a través de la fronda intrincada, el que volvía alegre como un perrillo de las peligrosas cacerías, trayendo pieles de animales muertos, las trampas, las redes y las armas.

Acompañaron a Olga y a Nahissa los tres muchachos sobre sus caballos bravíos. Orman cortaba las flores de los árboles con su cuchillo de monte y las deshojaba para echarlas después sobre su pequeña señora. Olga reía; era feliz en aquel bosque donde nada la recordaba el palacio en que había pasado su triste niñez. Parecíale que era un pájaro libre.

Llegados que fueron a la casa, se cenó entre gran algazara. Los tres hermanos se esforzaban por hacer olvidar a Olga la separación de su padre. Rientes los jóvenes indios, brindaron al final de la comida por volver a la enferma totalmente curada, antes de los primeros días del otoño, a los brazos del anciano Kermanoff.

Se retiraron a dormir. La habitación que le fué destinada a la señorita, la mejor de la pequeña vivienda, tenía una amplia ventana, sombreada por las ramas gigantes de centenarios árboles. El lecho era pequeño, recubierto por una colcha blanca de limpísimo cambraí; en el suelo y en las paredes había pieles disecadas sujetas con gruesos clavos dorados. Dentro de argollas de paja fantásticamente



labradas por las viejas indias, penachos de largas plumas de aves maravillosas. Centraba la habitación una pequeña mesa. Había dos amplios butacones de mimbres y, en la puerta, que se abría frente al camino umbrío, sujetas con agujas, extendían sus alas azules cuatro grandes mariposas formando una mancha de esmalte sobre la madera, como una ancha cruz sobre un sepulcro.

Olga entró impetuosamente detrás de la nodriza que llevaba la lámpara recubierta con pantalla de papel verde, giró una mirada en derredor y,

sin saber porqué sintió un súbito presentimiento que la hizo retroceder. Sobre la cama blanca se extendió su negra sombra, rígida, misteriosa, como un fantasma de pesadilla.

—¡Nahissa! ¡Nahissa! ¡Apaga la luz!... Permanezcamos en la penumbra. Cantan las cigarras, hay una fragancia grata a campo. En el arroyo croan las ranas. El cielo está estrellado como nunca lo han visto mis ojos. Apaga la luz Nahissa, que las sombras inciertas que se alzan en los rincones me entristecen. Cógeme en tus brazos, ama mía, que crea yo que aún soy niña. Cántame... cántame... Tengo miedo de dormirme sin tus canciones; me parece que si duermo en el silencio de esta habitación no me voy a despertar más.

—¡Niña mimada! Ven, te acunaré en mis brazos como en aquellos días, cuando ninguna tristeza había herido tu corazón.

Torpemente levantóse la anciana nodriza y apagó la luz. Por la ventana abierta penetraba el aire impregnado de todas las fragancias de la selva. Se oyó el relinchar de un caballo, luego nada.

Nahissa, con su voz grave y triste comenzó a cantar:

"Golondrina, huye de estos lugares,—la tempestad ha deshecho tu nido.—Huye, golondrina, para siempre, que si tu vuelves, huirá la primavera."

—¡Nahissa! ¡Nahissa! ¿Dónde aprendiste esa canción?—sollozó Olga.—¿Dónde aprendiste esa canción, nodriza?

—¡Calla, calla, hija; no te atormentes más!

—¿Quién cantaba esa canción, Nahissa, acompañada de su cítara?...

La anciana, sin contestar, estrechó a la enferma sobre su corazón, y la rubia visión de Clara Wallcome pasó como una viva claridad por la estancia sombría.

CAPITULO IV

Hamun entró en la casa gritando alegremente:

—¡Hermanos! ¡hermanos!... Una buena nueva. Han llegado a las inmediaciones del bosque extranjeros. Son gentes ricas, ingleses y americanos. Vienen en expedición y desean organizar una gran cacería, Billy, el cornaca, me ha llamado hoy, mientras jugaba a los dados en la taberna de Shede-kan, y me ha conducido al campamento de los forasteros. Son gentes dadivosas y alegres, me han dado oro para que lo organice todo con hom-

bres hábiles y con cebos abundantes, y me han hecho mil preguntas sobre nuestras costumbres y usos; por último he brindado con ellos, por el buen resultado de la cacería que hemos de organizar. ¡Buen whisky, hermanos! Mañana habéis de acompañarme y lo probaréis."

Rieron todos. Se comentó con grandes voces de contento el capricho de los extranjeros que traían la fortuna a los cazadores.

Salieron los dos hermanos mayores para buscar auxiliadores y comprar lo necesario. Púsose la vieja Nahissa a repasar las fuertes redes, las cuerdas y las trampas, mientras Orman, ayudado por Olga, que se sentía feliz al intervenir en la ruda faena de los cazadores de fieras, corría tras él, charlando como un chiquillo curioso, limpiando prolijamente las armas, engrasándolas con esmero. Prepararon los cartuchos. Afilaron en la piedra negra los cuchillos de hoja corta y dura.

Ya al atardecer, fueron los dos muchachos al campo en que pacía el fiel Yanaon, el gris elefante. Olga se agarró a su trompa y díjole confidencial, como si hablara con un viejo amigo,

—Prepárate, Yanaon, para recibir una buena noticia.

El elefante se contoneó, como satisfecho de aquellas palabras y de aquellas blandas caricias que una blanca manecita ponía sobre su ruda piel. Orman levantó el enorme pabellón de la oreja y gritó:

—¡Yanaon... ¡Krip! ¡krip! ¡kriiiip! ¡Al tigre! ¡Al tigre!

El inteligente animal alzó la cabeza, oteando la selva con sus ojillos pequeños y penetrantes. Luego dirigió su trompa en todas direcciones, olfateando inquieto. Mas viendo que Orman permanecía tranquilo y que la gentil muchacha le ofrecía trozos de azúcar en el delicado haz de los dedos, el dócil Yanaon dió algunos pasos lentos, sacudió las orejas y como queriendo dar a entender que tomaba parte en la broma.

—Orman — dijo de pronto Olga.— ¿Por qué no me llevas contigo en la cacería?

—¿Tendrías valor?

—Sin duda. Yo iría sobre Yanaon: te ayudaría a trasportar las redes y las armas, las trampas y los cebos. Luego traeríamos las fieras muertas. Pidámoslo a Irmo y a Hamun. ¿Tú crees que me dejarán ir con vosotros?

—No sé, querida hermanita. La cacería es dura y hay muchos peligros.

—Yo permanecería calladita sobre el elefante. Nadie me vería ni yo había de estorbaros en vuestra faena.

—La jornada es fatigosa a través de la selva. Tú aún estás muy débil y el doctor, al enviarte con nosotros lo primero que exigió fué que hicieras una vida tranquila, sin emoción alguna.

—Lo que el médico buscaba era una vida sana y diversa de la existencia complicada que trae consigo el trato social, donde hay tanto artificio y refinamiento. Exigió reposo y aire libre; vida a plena naturaleza. No temas, Orman. Consigue de tus hermanos que me admitan como un pequeño cazador.

Rió el joven indio de las súplicas de su señora y arrancando una larga liana rodeole el cuello con el mórbido lazo. Así sujeta como una ciervecilla prisionera, corrió hacia la casa, seguida a distancia por el fiel Yanaon, que se deslizaba sin ruido, como la sombra de un lento navío.

CAPITULO V

El sol secaba las últimas gotas de rocío. Era un sol rojizo, fogoso, que lanzaba sus flechas de incendio entre la urdimbre verde y temblorosa de las enredaderas florecientes de campanillas blancas. En la selva todo era quietud. De vez en vez revoloteaba algún pájaro diminuto; temblaba entre las ramas y huía luego como asustadizo de su propio aletear inquieto. Al esconderse entre el verde ramillete de las hojas cantaba con un solo trino largo, grave en el centro, como un quejido, como un llamamiento enternecedor.

Las grandes arañas veludas, de cuerpos pesados y torpes, tejían sus velos de mil hilos flexibles; dejábanse caer a lo largo de los troncos subiendo luego, para continuar devanando la madeja de plata. Y así una vez y otra vez, y otra más, y más veces aún, hasta que alguna mariposa errante detenía la rara labor, para ser presa de la negra hilandera.

La tierra fresca y blanda tenía suavidades de tapiz; en las márgenes del arroyo, donde los lirios se inclinaban, como vírgenes sedientas, veíase la huella del paso agil del tigre.

El guía llegó cautamente, explorando aquel lugar tan pocas veces visitado por el hombre. Durante dos horas esperó, agazapado entre hojas de castaño salvaje, a que la sagrada calma de la selva fabulosa, que se había turbado un instante, volviera a recobrar su acostumbrada y augusta paz. Orman, criado entre hábiles cazadores de fieras, conocedor del arriesgado oficio, sabía que es indispensable que el paraje explorado retorne a su ignorado vivir, que vuelvan a revolotear confiadamente las grandes mariposas azules, que zumben los brillantes insectos, que no se sospeche, en fin, que el hombre ha profanado la floresta, para que el tigre pase sin recelo, mirando indiferente, con sus ojos verdes y nostálgicos, con sus profundos ojos de enigma, como príncipes hastiados de su poderío, con sus ojos demasiado bellos, demasiado humanos.

Un rumor débil, como de ramas que se tronchan, avisó al cazador la presencia del espiado. Arrogante y sereno, bajo el palio de un rosal silvestre, apareció el tigre, con su rayada piel brillante, a la claridad dorada del amanecer. Blanco el pecho, de un blanco de espuma, húmedo el belfo, armonioso de color y de forma, ornado de largos bigotes, entre el sonrosado de la lengua, tenía una apariencia de noble desdén, que hubiérasele creído incapaz de toda ferocidad.

Continuó su marcha, lánguido y elegante; alargando las patas, llevando la cola mórbida, como una tendida interrogación tras de su cuerpo gentil-

mente estilizado, como la guirnalda de un alto relieve.

Tronchando lirios inclinóse sobre el arroyo y bebió largamente, sin nerviosos apresuramientos, graduando la distancia del agua que salpicaba en millones de gotas iridiscentes al chocar con la sedienta boca del animal libre y tranquilo.

El guía permaneció quieto, sin aventurar movimiento alguno. Hubiérasele creído muerto bajo el escondrijo de anchas hojas de castaño.

En su impulsivo corazón juvenil brotó el ansia de libertar al hermoso enemigo, pero un agudo dolor golpeó su carne, como si una mano invisible recordárale que no se puede confiar demasiado en las fieras de la rumorosa selva índica.

Una ancha cicatriz, como una flor rojiza, ponía un chispazo de tragedia sobre su hombro izquierdo. El guía recapacitando, crispó los labios en una sonrisa penosa. Miró la honda huella, aun fresca, del zarpazo de un leoncillo, recordó que aún no hacía cuatro meses, en un amanecer de cacería, muerta la leona, disponíanse a apresar al cachorro. Orman, fiel a sus sentimientos, habíale querido libertar, y sin meditarlo, sin desconfianza, con el impulso de la juventud, corrió hacia la guarida tendiéndose en tierra para asustar prontamente a la bestezuela y hacerlo huir, antes de que llegaran los perseguidores. El cachorro, viéndose acosado saltó sobre el buen Orman, y, con vigor insospechable, hincó las garras ya vigorosas en el hom-



Contemplaba al tigre con la misma admiración con que hubiera visto aparecer entre los árboles a una divinidad benéfica. Casi había en su contemplación un temblor supersticioso, y sentíase como avergonzado de su premeditado espionaje.

—Dentro de unas horas—pensaba Orman—cuando yo refiera a mis hermanos cuanto he visto, vendremos todos a este lugar, cautamente, valiéndonos de mil artimañas, y esta fiera bella, ágil, valiente, será nuestra prisionera.

bro del que, irreflexivamente, intentó ser su salvador. El guía lanzó un grito, más que de dolor, de sorpresa. Permaneció tendido en tierra, mirando al ingrato con sus graves ojos de joven héroe; y el animal, inconsciente, viendo que el hombre no se le resistía ni le amenazaba, comenzó a jugar con él, lamiendo sus manos, dando pequeños zarpazos y enredando sus uñas agudas en el collar de amuletos y gruesas cuentas que pendía del cuello del muchacho.

Orman había de guardar por mucho tiempo aún la intensa pesadumbre de no haber podido librar al rubio cachorro de que cayera en la tremenda servidumbre de aquel domador fornido y cruel que todos los años venía a la subasta de fieras de la India, enviado por la gran *menagerie* de Hamburgo.

Hoy, frente al tigre, confiado y magnífico, sintió el mismo impulso de salvaje ternura, pero bien pronto se rehizo, acobardado por la experiencia y apenas la fiera desapareció entre el boscaje, salió de su escondrijo y a buen paso se dirigió hacia *Las lagunas*, lugar donde terminaba la selva y se alzaban algunas viviendas de ancianos guías.

El trayecto era largo, difícil. Hacía mucho calor y los monos saltando de rama en rama arrojaban sobre el caminante frutas fermentadas y semillas secas. Sus chillidos agudos hacían huir a los milanos. Orman se detuvo junto a una gran piedra gris, tendióse en el suelo para descansar y mientras bebía ginebra contemplábale obsesionadamente un lagarto de color de esmeralda. El aire agitaba las ramas y a cada ráfaga, se extendía por la floresta un hálito incendiado que extenuaba las flores haciéndolas exhalar sus fragancias enervadoras.

El guía continuó su marcha.

Quería llegar a la taberna de Shedekan antes de medio día. Era preciso. Allí había de reunirse con Hamun para darle noticias del lugar en donde *el rayado* solía ir a beber; para llevar cebos y trampas por aquellos contornos. El fornido muchacho aligeró el paso.

Para un hombre poco acostumbrado a aquella vida, la temperatura y la carrera, hubieran quebrantado sus fuerzas, pero Orman sentía sólo el cansancio que le proporcionara el sueño, algo agitado en los últimos días por los preparativos de la gran cacería.

Desde lejos, brillando como láminas de acero bajo la claridad del sol, divisó el joven indio las lagunas y alguna de las pequeñas casas de cañas y madera en cuya puerta dormitaban sentados al sol, los guías viejos, con los delgados brazos sobre las rodillas, con los turbantes medio deshechos, rodeados de una nube de moscas verdosas y zumbadoras.

Al pasar el muchacho por ante una puerta oyó una voz que le llamaba, se detuvo y vió al anciano Dialdas que le tendía los brazos.

—Bien venido seas,—le dijo.—Mi nieta me avisó que antes del amanecer te habías internado en la selva y te esperaba con impaciencia. Por las pisadas te he reconocido. Bien venido seas, joven guía.

—¿Quién es tu nieta, viejo Dialdas?—Yo no la conozco.

—Se llama Nirsa. Va con su padre en una caravana de mercaderes. Ella te conoce mucho. Te ha visto pasear con la extranjera que crió tu madre en el palacio del ruso millonario, allá en la ciudad. Nirsa sabe que la muchacha extranjera viene a la selva para curarse de una gran tristeza que llena su vida fastuosa de pequeños dolores, y aunque no ignora que compra telas bordadas, plumas, ídolos, colla-

res y tapices a cuantos mercaderes pasan por tu vivienda, mi nieta rehuye aquel camino.

Orman miró al anciano sin atreverse a interrogar. Ahora recordaba a Nirsa. Había jugado con ella siendo niño. Recordaba el rojo intenso de sus labios, el tinte de cobre bruñido de su rostro oval y armonioso.

Cuando Nirsa tenía diez años habíasela llevado su padre en la caravana. Iba a visitar países lejanos. Se habían dicho adiós en un medio día de sol, como aquel día, frente a las lagunas inmóviles, donde la flor del loto abría su corola de oro. Eran muy niños. Aquella fué la única vez que Orman había estado triste. Pasaron los años y la remembranza habíase fundido con otros momentos... pero ahora aparecía ante él Nirsa, con sus largas trenzas negras y brillantes, con su boca fragante demasiado roja, con los morenos pies, como los de la sulamita, entre la arena suave y amarilla que bordeaba la laguna.

—Orman—dijo el antiguo guía.—¿Aún estás ahí?

—Aún estoy a tu lado, mi buen Dialdas ¿qué quieres? ¿He de hablarte de la cacería que preparamos?

—No.

—¿He de referirte el manejo de las nuevas armas que traen los extranjeros?

—No.

—Háblame entonces tú; háblame de tu nieta.

—¡Ah, si tú la oyeras cantar!... Conoce todas las canciones de la selva. Conoce todas las oraciones para que las divinidades libren al cazador del peligro, para que el guía descubra la guarida del león, para que se curen las picaduras de la kobra. Todas las mañanas, antes de emprender su ruta hacia la ciudad, viene a mi cabaña, me entrega algunas monedas. Sus manos huelen a sándalo. Me habla tiernamente; me consuela refiriéndome los encantos siempre nuevos de esta selva, que yo conozco palmo a palmo y que ya no podré ver nunca, porque estoy ciego...

Cayó el antiguo guía abatiendo la frente. Luego, fijando en el joven sus turbias pupilas sin mirada, díjole:

—¿Llevas whisky, muchacho? Venga un trago. Sabía que habías de pasar por aquí y aguardaba tu vuelta con impaciencia.

Orman abrazó al triste Dialdas y se alejó pensativo hacia la taberna del avaro Shede-kan donde Hamun le aguardaba jugando a los dados con uno de los organizadores de la cacería, un rico americano, gran bebedor, risueño y enamoradizo.

Desde la puerta vió el guía que algo excepcional ocurría. Se oían voces y risas. En el centro de un grupo de domadores y aventureros ebrios había una mujer. Estaba pálida, miraba a todos, como atemorizada, con sus grandes ojos de incendio. De vez en vez se cubría el rostro con una amplia cachemira, entre avergonzada y altanera.

Orman penetró como un vendaval, arrollando cuanto hallaba a su paso. Algunos cazadores de elefantes, hombres sin escrúpulos, violentos y pendencieros, se lanzaron contra el muchacho y le retuvieron.

—¿Dónde vas?—gritó uno.—Deja a esos buenos compañeros que se diviertan con la muchacha.

—Es la hija de un mercader—añadieron otros—que ha venido a ofrecernos brazaletes y sedas. Vamos a emborracharla.

—Sí, sí; es preciso que beba—rugieron todos.—¡Que beba! ¡Que beba!

—Hamun... H a m u n ... Hermano mío, ayúdame a salvarla. Es Nirsa, la nieta de Dialdas, el guía ciego, que habita junto a las lagunas de los lotos.

Lucharon bravamente los dos indios jóvenes, por libertar a la inocente; les ayudaba el fornido cazador americano, repartiendo golpes de boxeo, con habilidad maravillosa. Triunfaron los buenos, como manda la lógica y la moral.

Salió, por fin, Orman, llevando a la trémula muchachita entre los brazos, la dejó junto a los árboles de un pequeño bosquecillo, donde su dromedario reposaba. La hija del mercader, aún palidísima, arrebujada en los flexibles pliegues de su pintada cachemira, sonrió al joven salvador, en silencio. Con su mano morena, cargada de anillos de oro, golpeó el cuello del dromedario, que emprendió la marcha llevando sobre la montaña de su lomo los más fantásticos tesoros, ocultos bajo telas.

Anduvieron un largo rato. Junto a la primera laguna, Orman se detuvo. El deber le llamaba cerca de los cazadores.

—Te dejo, Nirsa. Ya estás en salvo a la puerta de la cabaña de tu abuelo Dialdas, *el temerario*. Yo debo seguir mi ruta hacia otro lado.

La muchacha entornó los ojos y entreabriendo los labios burlones dijo:

—Yo no me llamo Nirsa, ni mi abuelo es el guía ciego, conocido por Dialdas, *el temerario*. Tu fantasía me ha salvado y me he valido de ella para librarme de esos perseguidores temibles. Gracias. Adiós. Mi padre es un mercader egipcio, que conmigo visita la India por vez primera.

Se inclinó sobre las quietas aguas verdosas, levantó entre sus manos, enjoyadas de oro, una blanca flor de loto y se la tendió al joven.

—No:—exclamó él, arrojándola al suelo—estas flores simbolizan el olvido.

La bella egipcia se alzó de hombros y se alejó, marchando sin mirar atrás, sobre la sombra negra del lento dromedario.

Cuando el guía la vió desaparecer entre la fronda del camino, recogió la flor que se agostaba lejos del agua, entre la arena suave y amarilla que bordeaba la laguna.

....

Se organizó la primera salida, hacia el lugar de la cacería.

Irmo y Hamun hallábanse desde hacía unas horas en el campamento de los cazadores. Olga despedíase de la fiel Nahissa, que entre grandes voces y lágrimas, recomendaba por milésima vez a Orman fuese prudente y severo con la señora, procurando evitarla toda emoción.

Ya se había perdido entre las apretadas hojas de los árboles hasta la sombra del viejo elefante Yanaon y aún seguía la nodriza mandando besos a la pequeña Olga y aún suplicándola, sin ser oída, no cometiera imprudencia alguna.

Largo trayecto habían recorrido cuando la gentil muchacha oyó un silbido agudo. Yanaon se detuvo. Olga se incorporó.

—¿Qué ocurre, hermano?

—Nada; no te sobresaltes; he creído escuchar entre esas malezas un disparo.

Se hallaban en plena floresta, fragante y dorada por el sol. Olga, al fin había realizado su sueño. Gracias a la influencia que desde niña ejercía en el espíritu cándido de los tres hermanos consiguió que la permitieran llegar hasta el corazón de la selva para ver el lugar donde había de desarrollarse la gran persecución de hombres y fieras. Nahissa, al principio se había opuesto; procuró disuadir a la señorita, pero en vista de su decidido empeño y al verla llorar, contrariadísima, fué ella misma a suplicar al mayor de sus hijos que permitiese a la caprichosa Olga

asistir a la cacería. Irmo, en un principio se opuso, más luego, ante los mimos de la gentil enferma accedió, conviniendo en que sería en extremo dócil, y que sólo permanecería un día en el bosque, tornando a la cabaña, acompañada del hermano Orman, cuando el elefante volviera a recoger los cebos, después de dejar redes y trampas en los lugares por donde sabían los cazadores que pasaba el tigre y el leopardo.

Yanaon marchaba alegre, satisfecho de llevar tan preciosa carga. Olga, sobre sus lomos, era una florecita ambigua, como un racimo de acacia desprendido de una rama, al pasar bajo el árbol.

Con su traje blanco y su blanco salackof, llevando en la mano un largo junco, con el que hacía cosquillas en el testuz al elefante, tenía la apariencia de una figura de cromo, de aquellos antiguos cromos que de niños nos sorprendieron tanto, haciéndonos soñar con largos viajes por las selvas índicas llenas de peligros, entre fieras hambrientas y reptiles hórridos.

El hermano Orman montaba su caballo pequeño y nervioso. Iba desnudo, con el torso estatuario, cobrizo y brillante, como una escultura primitiva. Rodeándole las caderas una tela a mil rayas, y el blanco turbante enmarcaba su rostro viril y risueño.

—Continuemos la marcha — dijo, después de haber escuchado durante unos segundos los rumores de la selva—continuemos la marcha; debo haberme confundido... pero, no: han sonado dos disparos ¿no oyes, Olga?

En efecto, el aire trajo, entre murmurar de arroyos y canto de aves mañaneras el estampido de un revólver.

Incorporóse Orman sobre su cabalgadura. Caracoleó brioso el caballo, emprendiendo luego una fuga violenta entre la maleza espesísima. El cazador apareció como un bello centauro mitológico y Olga sintió por él la admiración que siempre experimentan las mujeres por la fuerza y las supremas gracias de la juventud.

El viejo elefante siguió a su dueño. La arboleda se apretaba, desaparecían las sendas y las ramas azotaban el rostro de la muchacha. De pronto Yanaon detúvose; desgajó con su trompa habilísima una rama de acanto poniéndola ante él como barrera. Olga vió con horror, a pocos metros, en un pequeño claro que formaba una charca, a Billy el cornaca, bajo su caballo, y el animal bárbaramente apresado por una enorme serpiente pitón, que arrollada desde una de sus patas al cuello, impedíale todo movimiento. Billy luchaba inútilmente para librarse del feroz enemigo. Orman desmontóse con ligereza y corrió hacia el caído.

—Cuidado, muchacho—gritó el cornaca—no hay que ser demasiado valiente. Llégate con precauciones. Es una pitón de cerca de siete metros, vieja y astuta.

El caballo relinchaba agónico: de su belfo espumoso comenzó a escapar alguna hebra de sangre, y sus ojos se desorbitaban por la asfixia. La pitón apretaba sus anillos, rindiendo a la presa.

—Es inútil todo esfuerzo para salvar al caballo: mata al enemigo y al menos salvaremos nosotros el pellejo.

Obedeció Orman, cargó y descargó por dos veces su rifle acribillando a la serpiente, que se resistía temeraria, entre los espasmos de la muerte. Con la cabeza destrozada, informe, aún seguía sin deshacer el funesto trenzado alrededor del cuello de su víctima.

Por fin, Billy, el cornaca, pudo incorporarse. Dolorido contempló al noble bruto abatido sobre el pantano, donde alguna flor acuática, ponía una mancha blanca y pura, como una estrella dormida entre la linfa.

Ayudado por Olga se instaló sobre el elefante. Temblaba, y daba gracias a las divinidades por haberle librado de una horrible muerte. Olga hízole beber unos sorbos de ginebra, y viendo que el hermano Orman procuraba sujetar la enorme serpiente en el arzón de su caballo, le aconsejó que la abandonara en el bosque.

—No — dijo el cazador. — Es un hermoso ejemplar. Jamás había visto otro de una piel tan brillante, ni de tamaño tan grande. Mira Olga, mira como las manchas amarillas parecen flores de retama. ¡A la cabaña, a la cabaña! Asustaremos un poco a la madre Nahissa, pero acabará por sentirse orgullosa de la destreza de su hijo. ¡A la cabaña mi viejo Yanaon!

El elefante comenzó a marchar lentamente. Delante iba Orman cantando alegremente, llevando sujeta a la silla, a la pitón terrible, asoladora de la selva.

CAPITULO VI

Cerca de la cabaña, entre fragantes sendas, detúvose de nuevo la reducida caravana. Billy el cornaca había comenzado a dar voces, y de rodillas clamaba.

—¿Qué ocurre, amigo?—interrogó Orman deteniendo su caballo; pero prontamente advirtió, con profunda contrariedad, la causa de las voces del domador de elefantes. La serpiente, cuya piel aún estaba fresca, habíase desprendido del arzón, y sólo permanecía sujeta por la rota cabeza, al gancho de la silla. Descendió el cazador. Revisó la huella que había quedado sobre la tierra blanda. Era un profundo rastro con descamaciones y algún pequeño coágulo de sangre.

Los dos hombres permanecieron un instante meditando, confusos y nerviosos.

—Es preciso borrar ese rastro Orman,—dijo el anciano.—Esta pitón es hembra y no tardará el macho en seguir su huella.

Orman movió la cabeza asintiendo preocupado.

—Sí, es preciso. Lo que más me inquieta es que estamos cerca de la vivienda. ¡¡En fin!—continuó tras una pausa angustiosa.—Procuraremos evitar todo mal.

Montó en su caballo y se alejó hacia la selva, arrastrando a la serpiente. Cerca de una hora llevó al reptil por entre los árboles, luego atóla fuertemente, entre un haz de ramas del árbol de la pimienta, y fué a dejarlo

en un lado de la cuadra. Borró la huella con agua. Cavó la tierra. Entrecruzó troncos por el sendero.

—Puedes estar tranquila, hermanita—díjole a la espantada Olga—toda huella ha desaparecido. Nada tienes que temer.

Cuando, al anochecer Orman partía hacia el bosque con los cebos para la cacería que había de realizarse a la siguiente mañana, Olga sintió un terror indescifrable, un ciego terror que le hizo gritar:

—No te marches, Orman, no me dejes. Me parece que por entre los mimbrales unos ojos fascinadores me miran, me miran y me atraen.

El cazador silbó. Detúvose Yanaon. Dejó de tintinear la cadena larga que caía desde su pesado testuz.

—Ven, ven, pequeña; ¿desde dónde te miraban esos ojos fascinadores?—dijo Orman, riendo de lo que él llamaba nerviosa preocupación de la señorita.

Olga sin decir nada, con un dedo sobre los labios, muy misteriosamente condújole a la laguna, donde una bandada de patos salvajes remontó su vuelo.

El cazador escrutó gravemente las altas mimbraledas que bañaban sus raíces blanquecinas en el agua trémula, y, cogiendo la mano de la muchacha díjola bruscamente.

—Olga, Olga. ¿Era por allí, por donde crecen las flores de la menta, donde tú creíste advertir que algunos ojos te miraban?

Olga asintió sin pronunciar palabra y el valiente muchacho corrió por las márgenes, hasta bordear la laguna y comprobó que los mimbrales habían sido quebrados; comprendió con terror que alguien había acechado, cautelosamente, desde la fresca orilla.

Tornó de nuevo a borrar el rastro de aquel enemigo que espiaba delatándose más con la fascinación de su mirada, que con la huella casi perceptible de su cuerpo. Procuró tranquilizar a la muchacha, prometióla volver antes que amaneciera.

—No te marches.

—Es preciso, señora. Los extranjeros aguardan, con mis hermanos, los guías y cazadores de la selva, que yo llegue con los cebos. Nada temas. Billy el cornaca, quedará a tu servicio con su hijo mayor.

Partió Orman.

Nahissa acompañó a Olga hasta dejarla dormida, como en los días de su



infancia. La acomodó en el lecho; cantó aún alguna vieja canción, para que las divinidades de la selva libraran a la forastera de los enemigos. Viéndola reposar, se alejó cuidadosamente, llevándose la lámpara.

....

....

Un rumor tenue despertó a la nerviosa Olga; un rumor casi perceptible, como de algo que se arrastrase levemente. Abrió los ojos y en la oscuridad de la habitación, frente a su cama, una línea azul del cielo estrellado y tranquilo, la hizo comprender que la puerta había sido abierta. Trémula, sacudida por un movimiento

epiléptico, se irguió, y el fresco perfumado de la noche la aseguró más aún, que el aire penetraba libremente en la estancia, como acaso entraba alguien que había empujado la frágil puerta de madera, donde las cuatro azules mariposas disecadas, simulában una gruesa cruz ante la entrada de un sepulcro. Quiso llamar; incorporóse, y sobre su brazo desnudo, sintió el contacto de una piel helada y una fuerte presión, una prolongada presión que la retenía, que la aprisionaba, que la envolvía toda, desde los brazos hasta la garganta.

Gritó por fin, gritó con un agudo gemido que vibró en la casa, en la selva, que se perdió en la floresta misteriosa. Y aquel grito fué el último, fué el que rompió su corazón para siempre.

La fiel nodriza, antes de entrar en la habitación, escuchó una voz quejumbrosa que decía entre sollozos:

—"Hija, hija mía; mi Olga. Vengo por ti, ocultándome de tu padre; vengo desde muy lejos en peregrinación, siguiendo tu huella."

Y a la luz vacilante de la lámpara, vió a Clara Wallcome, abatida sobre el cuerpo frágil y pálido de su hija muerta.

Adela Carbone.



Imp. de Alrededor del Mundo, Martín de los Heros, 65

La dirección de este periódico advierte á los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias; Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD